

retrocedemos bajo todos conceptos, en religión, en moral, en las ciencias, ⁽¹⁾ y esto sin esperanzas de mejoramiento. ⁽²⁾ «Las costumbres desaparecen, los caracteres se rebajan, las leyes no se observan, el amor á la patria se desvía y declina, el espíritu de indisciplina se introduce en los ejércitos, las palabras reemplazan á los actos, la sociedad se pudre por exceso de refinamiento, rebasa los límites de la civilización y toca de nuevo en la barbarie. Sin respeto á la ley, sin fe, sin moral sólida, sin seguridad en el pensar, todo pueblo está destinado á la disolución, y condenado, por efecto de la decadencia social, á convertirse en una horda que sólo reconoce una ley: la brutalidad de instintos perversos». Así habla Funck-Brentano. ⁽³⁾

Perspectivas aterradoras y juicios aplastantes son estos sin duda alguna, pero mucho más próximos á la verdad y mucho más soportables que las frases sonoras de la minoría liberal, que, semejante á los dioses paganos, tiene ojos y no ve, tiene orejas y no oye, y una boca que no cesa nunca de proclamar la paz allí donde no reina la paz. Acaso ¿qué significan las palabras de Mauricio Carrière, sino una pura burla de esta miseria sin nombre de que somos testigos, cuando dice en su hermoso lenguaje que, si el mundo actual no es perfecto y tal como debería ser, es por lo menos la condición para llegar á esta perfección?» ⁽⁴⁾ ¿No es jugar con la desgracia cuando Schmid-Schwarzenberg dice que tres palabras resumen las principales llagas de nuestro tiempo: la obediencia á la autoridad de la Iglesia, la filosofía de Santo Tomás y la educación dada por los Jesuítas? ⁽⁵⁾ Descartados estos tres peligros, sería fácil curar las acerbias dolencias del pueblo; el órgano elegido por la razón universal, el Dios inmortal sobre la tierra, el Estado constitucional, no tendría que hacer más que aplicar en todas partes el triple principio de la razón

(1) Funck-Brentano, *La civilización y sus leyes*, 175 y sig.

(2) *Ibid.*, 183 y sig.

(3) Funck-Brentano, *Ibid.*, 416.

(4) Carrière, *Die sittliche Weltordnung*, 329.

(5) *Augsb. Allg. Ztg.*, 1881, *Beilage* 305, 4482.

universal educadora, ⁽¹⁾ es decir, obligar á todos sin excepción á hacerse educar según las exigencias de la razón. ⁽²⁾

¡Guárdenos Dios de desesperar con los pesimistas, y librenos también de lanzar gritos de júbilo en torno del becerro de oro con los optimistas! Mas la cuestión no quedará resuelta, si nos limitamos á censurar y protestar. Debemos emprender una dirección positiva determinada, pues de lo contrario careceremos de punto de apoyo, y no podríamos ofrecerlo al mundo extraviado é indeciso. Nuestra fe cristiana, el Cristianismo legítimo, antiguo, puro, nos ofrece este punto de apoyo. Solamente en él, en la religión sobrenatural, está contenida la esperanza del porvenir.

Si ha habido un tiempo en que esta afirmación haya sido pronunciada con toda seguridad, es el tiempo presente. En realidad, no son hoy las cosas de tal naturaleza, que debamos defender al Cristianismo, ó suplicar que se le conceda un puesto en la empresa de salvar al mundo del incendio que lo devora; hoy se ofrece la lucha en condiciones mucho más favorables. Ya no defendemos nuestra fe, sino que nos enorgullecemos de ella; ya no mendigamos consideración para el Cristianismo, sino que únicamente preguntamos si quieren servirse de él ó perecer, ya que, si el mundo no quiere salvarse con él, no tiene posibilidad de salvación.

Estas anémicas, enclenques y tísicas instituciones, que muchos proponen en lugar del Cristianismo como medio positivo de salvación, se hacen demasiada traición á sí mismas como engendros que son de un momento desesperado, y tanto que sólo inspiran lástima. Y sería hacerles demasiado honor á estos sietemesinos, verdaderas flores de un día, si transmitíamos su nombre á la posteridad. Nos referimos aquí al gnosticismo, al culto positivista de la humanidad, á la alianza internacional de la religión del espíritu, á las diferentes execrecencias que produce el bu-

(1) *Augsb. etc.*, *Beilage* 327, 4811.

(1) *Ibid.*, *Beilage* 306, 4500.

dismo ortodoxo en nuestros climas fríos, al neobudismo, al budismo reformado, junto con la alianza melancólica de los teósofos comedores de *lotus* y de los *Hermanos Sphux* que pronuncian oráculos.

No es nuestro propósito demostrar la debilidad de estos sistemas; además, consideramos demasiado santa nuestra fe para atrevernos á profanarla comparándola con estos anémicos engendros de una imaginación calenturienta. Tememos renovar el crimen cometido por Pilatos al poner á Jesús en parangón con Barrabás.

No, nosotros dejamos al mundo, sin envidiárselos, sus dioses favoritos, desde Moloch y desde el dios de las moscas, hasta nuestros *mediums*. ¡Que los pesimistas y los optimistas glorifiquen ahora á porfía su budismo como la única religión á la altura de la época, como la única tendencia intelectual que tiene derecho al homenaje de los sabios! Nosotros le abandonamos la vergüenza de ser elevada, precisamente por este partido, al grado de religión del corazón, que tiene necesidad de una masa sin resistencia y sin voluntad para hacer triunfar en nosotros, por medio de una pequeña minoría, el sistema oriental de envilecimiento intelectual y de explotación económica á que se tira.

Con arrogancia y satisfacción, consideramos al Cristianismo como una religión que enseña, cierto, á padecer y sufrir, pero que no tolera el aniquilamiento; una religión á la vez de circunspección y de ofensiva, de energía y de dulzura; una religión igualmente extraña á la precipitación, á la destrucción por descontento y á la rigidez por comodidad; una religión que enseña á vencer por la sumisión, y á resistir por la buena conducta; una religión que triunfa de los descontentos, dulcifica á los hombres de duro corazón, enternece á los poderosos, convierte en fuertes á los débiles, á los pobres contentos con su suerte, á los subordinados sumisos, á los ricos llenos de miramientos y comunicativos. Únicamente responde á su espíritu, quien sabe mantener intacto el lazo con lo pasado, utilizar lo presen-

te con cuidado y medida, preparar mejor porvenir por medio de la paciencia, la modestia, el cumplimiento del deber en las cosas pequeñas, y quien, ante todo, sabe dulcificar y aun transfigurar la miseria del tiempo con su elevación hacia las cosas eternas.

5. Cuatro principios de fe propios para curar la época.—Esta fe opone á los errores y llagas de la época cuatro puntos principales de doctrina.

Los errores del Humanismo, examinados á fondo en los volúmenes precedentes, derivan en definitiva de un mismo principio común, del primero y más funesto error moderno, según el cual, el hombre, tal como es, es bueno, se basta por completo á sí mismo, y se encuentra en el camino del progreso ilimitado desde que se desarrolla según su naturaleza. En este error se mueven casi todos nuestros filósofos, nuestros poetas, nuestros historiadores de la literatura, en una palabra, los creadores de la opinión pública. Él es el resorte de la mayor parte de los esfuerzos para renovar la sociedad, así la socialista, como la liberal. Él es el mal espíritu que anima á todos nuestros sistemas de educación.

Así, pues, la única salvación se encuentra en el extremo opuesto, en la confesión humilde y sincera de la verdad, á saber, en el triste hecho de la caída del hombre. El que no confiesa que es pecador, no puede ser corregido; y el que llega hasta el punto de defender su falta como una virtud y un derecho, debería ser excluido de las relaciones humanas. Por consiguiente, el que no confiesa que el hombre no es como debe ser y que el hombre y la humanidad son pecadores caídos, es incorregible *a priori*, pues esta verdad es la primera de todas las verdades que debemos hacer resaltar siempre.

Pero la humanidad sería igualmente incapaz de progreso hacia el bien, si su caída hubiese sido tan profunda, y tan completa su corrupción, que ya no poseyese nada de bueno. Tal es la razón por la que tampoco podemos admitir una corrupción completa del hombre, apresurán-

donos, no obstante, á confesar que, en realidad, es incapaz, por sus propias fuerzas y sin más elevado auxilio, de encontrar su perfección, y que, á pesar de todo, ha conservado en su naturaleza, siquiera esté debilitada, mucho bien y numerosas capacidades para realizar bellas y nobles acciones.

Creemos haber expuesto suficientemente estas dos verdades en los cuatro primeros volúmenes de la presente obra.

Pero ahora se trata de hacer admitir aún otras dos doctrinas del Cristianismo, no menos contradichas que las precedentes: tal es la empresa que nos proponemos llevar á cabo.

Por la gracia de Dios, no sólo ha sido elevado de su caída sin mérito alguno por su parte, sino que, al mismo tiempo, ha sido elevado á algo que está por encima de su destino y de sus disposiciones naturales, es decir, ha sido elevado á un fin completamente sobrenatural.

Pero es preciso también que á esta gracia de Dios siga por parte del hombre, nueva y más elevada vida. En razón de estos nuevos dones sobrenaturales de que somos dotados, tenemos que aspirar á una vida sobrenatural, sin que por ello debamos, no obstante, descuidar uno solo de nuestros deberes naturales, antes, por lo contrario, lo natural y lo sobrenatural deben estar unidos en nosotros, tanto en nuestro espíritu como en nuestra vida.

Trataremos, pues, en adelante estos dos puntos decisivos, á saber, la existencia de un orden sobrenatural, que nos es manifestado por la Revelación, y la obligación en que está el cristiano de disponer su vida de tal suerte que realice por modo igual su misión natural y su misión sobrenatural.

6. Relaciones entre lo natural y lo sobrenatural.—

No nos tomaremos la molestia de demostrar que existe lo sobrenatural; la razón, que ya hemos apuntado, es muy sencilla: son muchos los que le hacen guerra para que puedan negarlo seriamente; el hecho de que cada mañana entren en liza contra este enemigo que creían haber aniqui-

lado la noche precedente, es la mejor prueba de que todavía vive, y de que ellos mismos son los primeros convencidos de su tenaz vitalidad. Su conducta, pues, nos dispensa de probar la existencia del orden sobrenatural; además, la demostraremos al tratar de su influencia y eficacia.

Tampoco entraremos aquí en largas discusiones relativas á la noción de lo sobrenatural, porque, aun prescindiendo de que esto es más propio del dominio de la teología dogmática que de la apologética, y sobre todo, de una apología popular, y prescindiendo igualmente de que estas explicaciones exigirían mucho espacio, si habían de ser provechosas, temeríamos espantar de antemano y exasperar á gran número de lectores á quienes debemos toda clase de atenciones, lectores que casi siempre están llenos de prejuicios, y tienen, por consiguiente, gran necesidad de miramientos. Por otra parte, los que deseen instruirse en esta materia encontrarán numerosas y asequibles obras, tales como las de Kleutgen, Denzinger, Schæzler, Scheeben, Cros y Matignon.

Para los fines que nos proponemos conseguir, basta repetir la observación que hemos hecho ya, á saber, que sobrenatural no es lo mismo que metafísico. Nunca se insistirá bastante sobre esta afirmación, pues nuestros tiempos están tan sumergidos en el materialismo, que, al pronunciar la palabra naturaleza, no se piensa nunca en el mundo espiritual, sino solamente en lo que puede tocarse, medirse y pesarse. Lo que se eleva sobre el dominio de nuestros sentidos, lo que no podemos comprender más que por medio de la lógica, de ideas y de argumentos, como también lo que se ofrece desnudo de antecedentes y consiguientes, de causa y afecto, esto es lo que llama sobrenatural, sin ulterior examen, el entendimiento parálítico de nuestros días. El mismo Pfeleiderer cuenta entre lo sobrenatural todas aquellas religiones que no llegan á la adoración de las piedras y de los animales, v. g., el budismo, el brahmanismo, el parsismo. El bueno de

M. Stead ha fundado una revista titulada «Das Borderland», para unificar todas estas confusas invenciones que acerca de lo sobrenatural se encontraban hasta ahora esparcidas en «La Sfinx», en el «Lotus Azul», en las «Flores del Lotus» y otras revistas, empresa muy propia para volverle á uno el juicio con las maravillas de los *mediums*, los *mediums* hipnotizadores, los faquires que comen espadas, los durmientes y las ranas extáticas.

Nadie exigirá de nosotros que entremos en disquisiciones sobre esta materia, pues suponemos que nuestros lectores estarán convencidos de que existen en la naturaleza cosas fuera del alcance de nuestros sentidos, así como hay otras que superan las fuerzas naturales de nuestra inteligencia; en una palabra, que debemos distinguir tres campos de acción; el mundo de los sentidos, el suprasensible y el sobrenatural.

Por consiguiente, es sumamente necesario determinar las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural, pues existen grandes errores y confusiones en esta materia, precisamente en aquellas clases de personas que deberán ser las más instruídas en ella; queremos decir, los filósofos que tratan de religión. En particular existe una palabra que engendra en esto confusión, una palabra que en la vida intelectual de nuestra época representa un papel tan embriagante y seductor como lo fueron en otros tiempos los términos *gnosis* y *Espíritu Santo*, ó *iluminismo*, *luz* y *libertad*: tal es la palabra mágica *evolución* ó *progreso*.

Esta palabra ha sido en todo tiempo arma poderosísima, mejor dicho, fórmula mágica paralizadora. Cuando á los hombres pensadores del siglo II, cuya inteligencia estaba como atrofiada por las estupideces de la doctrina sobre los *eones*, se les decía que, si no la comprendían, no poseían la *gnosis*, hacían como que la comprendían; también ahora, en la época del hegelianismo y del darvinismo, si expresamos nuestro asombro por el desarrollo del Cristianismo, se nos dice que, quien no lo encuentra perfectamente natural, no comprende la evolución y el progreso,

y, claro está, ¡lo encontramos completamente natural!...

En la misma historia del dogma tiene hoy semejante palabra una fuerza tal, que ha sembrado la confusión en la inteligencia de los más perspicaces pensadores. Con la palabreja *progreso*, créese haber explicado todo lo que carece de explicación, y, ante todo, con ella se cree haber dado fin á la explicación referente al origen y naturaleza de la religión cristiana. El Cristianismo, se dice, era un progreso en su origen, y por eso era bueno entonces; hoy hemos realizado progresos que le son muy superiores, y por eso es preciso darle de lado. Tal es la flor y nata de esas innumerables hipótesis—tan grotescas como las metamorfosis de Luciano y Apuleyo, tan violentas y arbitrarias como los principios dictatoriales de Darwin, y, por consiguiente, tan contradictorias entre sí como el agua y el fuego,—de esas hipótesis de Bauer, Zeller, Hausrath, Strauss, Keim, Ruskoff, Renán, Havet, Harnack, sobre el origen de la religión en general y de la de Jesucristo en particular.

Fácil es comprender que no se trata aquí de la fe en la sobrenaturalidad de la Revelación y en la divinidad de Jesucristo. Para estos hombres, Jesucristo no es, como dice Zeller, más que un simple judío, cuyas concepciones quedaban reducidas al estrecho círculo de las ideas propias de este pueblo, siquiera poseyese, á no dudarlo, grandes dotes intelectuales. El Cristianismo, tal como él lo había imaginado, no habría superado jamás la estrecha esfera de una secta judía, acabando por morir con ella, si San Pablo no hubiese venido muy á tiempo y no hubiese contribuído á propagarlo, gracias á su espíritu superior y á su cultura helénica. ⁽¹⁾

Cuando se miran las cosas de esta manera, todo lo que se diga con relación á lo sobrenatural es un juego de palabras indigno y desleal. No es ello otra cosa que la vieja canción del progreso, pero acompañada de instrumentos cuyas cuerdas están regularmente templadas. En el origen

(1) Zeller, *Vorträge und Abhandlungen*, I, 228.

del Cristianismo, se dice, prodújose en el mundo un mejoramiento apenas sensible relativamente á la situación anterior; esto es todo lo que se entiende por la palabra Revelación, si todavía se emplea. Un pequeño mejoramiento, que, en realidad, no es más que una mejora dudosa, un principio muy imperfecto y grosero, que únicamente comienza á merecer el nombre de naturaleza después de los inmensos progresos de nuestra época; he aquí todo lo sobrenatural según la explicación de estos sabios. En manera alguna admiten una diferencia esencial entre lo natural y lo sobrenatural.

Y gracias que no la admitan, ya que ven en lo sobrenatural la opresión violenta y la depreciación de lo natural, el enemigo de los instintos sensuales, de la razón, de la belleza, de la libertad. No conciben ellos la concepción cristiana de lo sobrenatural, á saber, que es cosa infinitamente más elevada que la simple naturaleza, que no es enemiga de ésta, sino que le presta un conocimiento sublime é incomparable, la purifica, la mejora y la completa.

Y, sin embargo, es la verdad de que depende todo. Entre lo natural y lo sobrenatural, media una diferencia tan grande y esencial, que aún cuando en lo natural existiese un progreso constantemente igual y sin interrupción, y aun—lo que no es posible—un progreso sin fin, lo natural no se elevaría jamás á la condición de sobrenatural. De aquí que sea imposible servirse de cosas creadas para establecer comparaciones entre lo natural y lo sobrenatural. La diferencia entre el alma animal y la inteligencia humana, racional y libre, es ciertamente muy grande y esencial, por lo que jamás el animal más perfecto se elevará, ni por el adiestramiento ni por su propia evolución, al nivel del hombre. No obstante esto, el hombre y el animal, ó el hombre y la piedra, están mucho más próximos entre sí, que lo natural y lo sobrenatural. Los discípulos de Darwin, á los que no regateamos la habilidad en la teoría de la evolución, pueden formarse las ideas más

monstruosas en lo relativo al progreso y á la transformación de las cosas humanas, pero su fantasía nunca llenará el abismo que separa lo natural de lo sobrenatural.

No queremos decir con esto que lo sobrenatural esté en contradicción con lo natural. De que un ser sea más elevado que otro, no se deduce que haya contradicción entre ambos. Así, el alma humana no está en contradicción con el alma del animal, la planta con la piedra, el lenguaje con los suspiros del viento ó los sonidos del animal. El lenguaje humano contiene en sí todo lo que hay en la voz del animal, pero comprende además incomparables perfecciones. Así, lo sobrenatural es algo de infinitamente más elevado que lo natural, sin estar en contradicción con éste. Todo lo que es verdaderamente natural se encuentra también en lo sobrenatural, pero mucho más purificado y fijo. Mas á esto se añaden miles de perfecciones á las cuales no puede elevarse lo natural por sí mismo, como el estornino no puede elevarse al pensamiento de Platón ó el pez á la retórica de Cicerón.

De aquí que la fe en lo sobrenatural, en la gracia, resulte fácil y como espontánea, si uno se forma una idea exacta de lo natural. Por otra parte, es imposible que el hombre invente por sí mismo la idea de lo sobrenatural; ni siquiera podría concebir la posibilidad de lo sobrenatural, si no le hubiese sido inspirada por la gracia de Dios. ⁽¹⁾ El solo hecho de que la humanidad cuente con una palabra para designar lo sobrenatural es la prueba mayor de su existencia. El hombre no hubiera podido concebir jamás esta idea, ni siquiera por error, ya que no podemos formarnos una idea falsa de lo que es inaccesible bajo todos conceptos á nuestro espíritu, y de lo que no tenemos el menor presentimiento.

De aquí se desprende el gran abuso que cometemos con frecuencia con la palabra *sobrenatural*. Á menudo se confunde lo religioso y lo suprasensible con lo sobrenatural, ⁽²⁾

(1) I Corinth., II, 8 y sig.

(2) Denzinger, *Religiöse Erkenntnis*, I, 88-99.